

Una ventana en Thrums

Editorial Belvedere



J. M. BARRIE

Una ventana en Thrums

Traducción de Javier Miralles

Ilustraciones de William Hole



**Editorial
Belvedere**

Título original: *A Window in Thrums*

Primera edición: noviembre 2016

© de la traducción: Javier Miralles
Asesor de escocés: Ian Campbell, profesor de Literatura
en la Universidad de Edimburgo

© de la presente edición:
Editorial Belvedere, S. L.
Sociedad Unipersonal
Apartado de Correos 7191
28012 Madrid

E-mail: info@editorialbelvedere.com

Página web: www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-6-7

Depósito Legal: M-36539-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

UNA VENTANA EN THRUMS

Editorial Belvedere

El señor Barrie demuestra que una pequeña población de tejedores, que habla un escocés cerrado, demasiado cerrado para nuestro gusto, puede ser de interés universal; y que su vida doméstica, con toda su alegría, su tristeza y su ternura, se adapta tan bien a la voluntad del genio como cualquiera en el mundo. Es un discípulo a quien sir Walter Scott habría tendido su mano amiga, y de quien nosotros podemos estar francamente orgullosos.

MARGARET OLIPHANT

Por favor, no piense, cuando me equiparo con usted, que estoy totalmente cegado de vanidad. Jess se sitúa fuera de mis fronteras; ni siquiera puedo tocar su falda; yo no tengo esa belleza del crepúsculo en mi pluma. Soy un artista capaz pero empiezo a creer que usted es un hombre de genio.

ROBERT LOUIS STEVENSON

Índice

Introducción.....	15
Capítulo I. La casa de la ladera.....	17
Capítulo II. Tras los pasos del ministro.....	25
Capítulo III. Preparándose para la visita.....	31
Capítulo IV. Esperando al doctor.....	37
Capítulo V. Aquí un humorista.....	45
Capítulo VI. Muerto estos veinte años.....	53
Capítulo VII. El testimonio de Tibbie Birse.....	61
Capítulo VIII. Una capa con cuentas.....	67
Capítulo IX. El poder de la belleza.....	75
Capítulo X. Una <i>magnum opus</i>	81
Capítulo XI. La cuna fantasma.....	87
Capítulo XII. La tragedia de una mujer casada.....	95
Capítulo XIII. Sacando el mayor provecho.....	101
Capítulo XIV. Visita a la rectoría.....	107
Capítulo XV. Cómo Gavin Birse se lo dijo a Mag Lownie ..	115

Capítulo XVI. El hijo de Londres	123
Capítulo XVII. Un hogar para genios	133
Capítulo XVIII. Leeby y Jamie	139
Capítulo XIX. Historia de un guante	147
Capítulo XX. La última noche.....	153
Capítulo XXI. Jess se queda sola.....	161
Capítulo XXII. El regreso a casa de Jamie	167

Editorial Belvedere

Índice de ilustraciones

1. La casa de la ladera	4
2. Thrums	19
3. Jess	29
4. Leeby.....	33
5. Hendry.....	41
6. El club de la pocilga	47
7. Tibbie Birse.....	63
8. T'nowhead	77
9. Jimsy Duthie.....	83
10. El corazón de Thrums	99
11. El maestro	109
12. «¡Soy un verdadero monstruo!»	119
13. Jamie.....	127
14. Tammas Haggart	135
15. La calle Roods.....	143
16. La última noche	157
17. La muerte de Hendry	165
18. El regreso a casa de Jamie	169

INTRODUCCIÓN

Cuando los editores ingleses leyeron el manuscrito de *Una ventana en Thrums*, pensaron que era insoportablemente triste y me rogaron que cambiara el final. Me advirtieron que al público no le gustan los libros tristes. Pues bien, cuanto más viejo me hago más tristes veo las cosas, y más deseo que mis libros sean alegres y esperanzadores, pero un autor no siempre puede interferir en su historia, y si hubiera cambiado el final de *Una ventana en Thrums* pienso que nunca más habría sentido respeto alguno hacia mi persona. Es un libro más triste para mí de lo que pueda llegar a ser para otra persona. Veo a Jess en su ventana esperando al hijo que nunca volvió como nadie más puede verla y sabía que a menos que lo trajera de vuelta a tiempo el libro sería un sufrimiento para mí el resto de mis días, pero tenía que ser así.

Imagino que habrá muchos lectores sensibles a quienes les alegrará saber que nunca hubo ninguna Jess. Sin embargo, en lo alto de la ladera hay todavía una pequeña casa que se puede identificar como la suya. La elegí para ella, aunque nunca estuve en su interior; pues solo los lugares de mis libros sobre Thrums¹ se pueden identificar. Las personas que en ocasiones cruzan la plaza son, salvo algunas excepciones sin importancia, totalmente imaginarias,

¹ Nombre en la ficción de Kirriemuir, población de Forfarshire (actualmente, condado de Angus), en las *Lowlands* de Escocia, donde nació el autor. (N. del T.)

y Jess es una de ellas. Pero cualquier rasgo en ella que fuera bello o extraordinario lo heredó de mi madre; la mujer imaginaria aparecía ante mí cuando miraba a la real a los ojos. Y como es el amor entre una madre y un hijo lo que ha escrito todo lo que puede haber de valor en mi obra, era natural que el fantasma del hijo desleal me persiguiera y me pidiera que pintase la escena. Veo ahora, si bien no fui consciente en su momento, que así fue cómo se escribió *Una ventana en Thrums*, no tanto por mí mismo sino por un impulso del pasado. Y así, muy rápido, se escribió sola. He leído que la reescribí ocho veces, pero fue escrita solo una vez, casi todos los capítulos, creo, de una sentada.

CAPÍTULO I

La casa de la ladera

En la verde colina en torno a la cual serpentea la ladera, en lo alto del todo, y al alcance del bullicio de la granja T'nowhead, sigue en pie una casa de planta baja, cuyas paredes encaladas, con manchas de decoloración provocadas por la lluvia, se vuelven amarillas cuando nieva. Antiguamente el duro ascenso dejaba Thrums atrás y, donde ahora se está construyendo un barrio periférico, solo había una pequeña hilera de viviendas y una rectoría, con la cabaña de Hendry alzándose sobre la ladera. La casa aparecía desnuda, sin un solo arbusto, en un jardín cuya cerca no terminaba de cubrir. El bancal de patatas apenas quedaba fuera del camino, que aquí se orienta hacia el sur, gracias a un muro derruido de piedra y tierra. A cada lado de la puerta de color pizarra había una ventana de cristal grueso. Sobre el tejado de paja había cuerdas extendidas que lo protegían del viento.

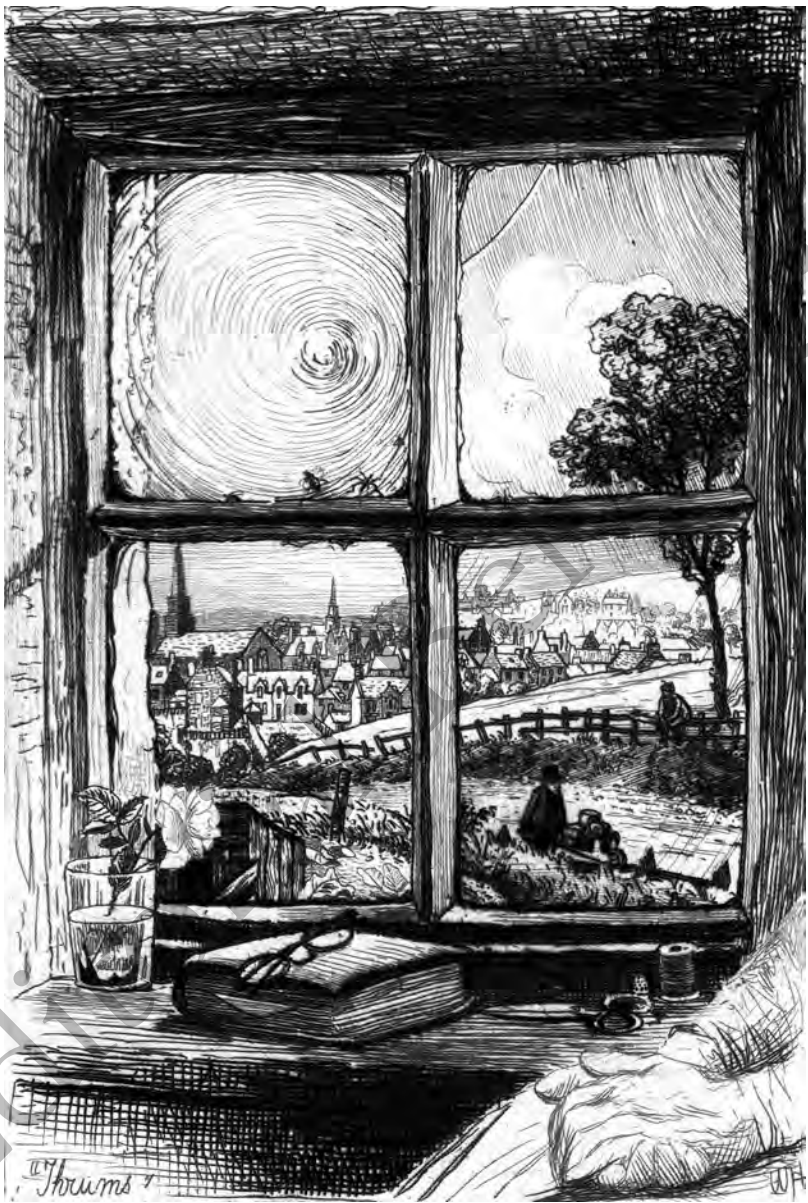
Al interior de esta humilde morada llevaría a cualquiera que quisiera acompañarme. Pero no debes entrar con aire despectivo, creyendo que los pobres se sitúan tan solo un escalón por encima de los animales de carga, como dicen algunos escritores despiadados de hoy en día; tampoco permitiré que vuelques de una patada las viejas sillas de crin que Leebie cuidó con tanto

mimo, para cuya compra Hendry tuvo que tejer durante años, y que a Jess le gustaba tanto contemplar.

Hablo de las sillas, pero si pasamos juntos a la «habitación» dejarán de estar a la vista. Durante mucho tiempo la casa ha estado en alquiler. A la izquierda de la puerta, al entrar, está la habitación, sin un solo mueble salvo los tableros de dos camas empotradas. El suelo no es estable, puesto que las tablas están carcomidas por todas partes. Apenas te puedes mantener erguido bajo el techo en ruinas. Tableros gastados y paredes irregulares, y la rejilla oxidada a los pies de la chimenea, eso es todo lo que cubre la vista, pero veo una mesa redonda e inestable cubierta con un hule sobre la que descansan cuatro libros colocados a la misma distancia unos de otros. Hay seis sillas coquetas pegadas a la pared, en las que en dos de ellas no te puedes sentar, y entre la ventana y la chimenea hay una cómoda sobre la que hay una colcha blanca como la nieve. Sobre los cajones, un tablero con canicas de colores para jugar al solitario, y solo tengo que abrir el cajón con el tirador suelto para sacar el ajedrez. Del marco de madera tallada que hay encima de la ventana cuelga un retrato de Jamie; del otro marco, un cuadro de Daniel en el foso de los leones tejido en lana por Leeby. Sobre la repisa de la chimenea, además de conchas en las que se puede oír el bramido del mar, hay tres filas de huevos de ave enhebrados. Una vez más podríamos estar esperando visita para el té.

El pasillo es estrecho. Hay un agujero con forma cuadrada entre las vigas del techo, y unas escaleras que conducen hasta él. Podrías subir y ver el desván; a Jess le gustaba que lo llamara mi pequeña buhardilla. Yo ya no estoy tan ágil como en los días en que me hospedaba con ella durante las vacaciones de verano que ahora intento evocar, y por tanto no siento la necesidad de subir. No te rías de los periódicos con los que Leeby empapelaba la buhardilla, ni de la estopa que Hendry metía en los agujeros para que no entrara el viento. Lo hacía para proteger la casa del frío para Jess. Pero el papel debe de haberse ido haciendo trizas y la estopa pudriendo desde hace décadas.

He dejado la cocina para el final, igual que hizo Jamie en



Thurms.

aquel nefasto día del que tendré que hablar. Donde solo había tierra compacta, ahora hay un suelo de piedra; y un cristal roto de la ventana está tapado ahí de cualquier manera con trapos raídos. Pero es a la otra ventana a la que me dirijo, con dolor en mi corazón, y también con orgullo y afecto, un cristal de un pie de diámetro por donde Jess sentada en su silla miraba la ladera.

¡Ah, esa ladera! La historia del trágico y pequeño Thrums está sepultada en ella, como las piedras que engulle en invierno. En la primavera de nuestras vidas la ladera nos parecía a todos larga y empinada. ¿Recuerdas cómo de niño te sentabas a los pies y te preguntabas si un nuevo mundo comenzaría en la cima? Se alza desde un arroyo poco profundo, y solíamos sentarnos un buen rato en el puente antes de aventurarnos a subir. De niños subíamos la ladera corriendo. Siendo hombres y mujeres, jóvenes y en nuestro mejor momento, ni siquiera nos dábamos cuenta de que estaba allí. Pero llega el otoño de nuestras vidas y la ladera se hace más empinada; luego el invierno, y una vez más con temor hacemos una pausa en el puente como cuando éramos niños. Sin embargo, ya no lo somos; ya no buscamos un nuevo mundo en la cima, solo un pequeño jardín y una casita con un telar en su interior. Solo es un jardín de coles y patatas, pero podría haber una fila de margaritas, blancas y rojas, a cada lado del estrecho sendero, y una planta enredadera bordeando la puerta. La vida no siempre es dura, ni siquiera cuando la espalda se encorva, pues sabemos que todas las laderas solo conducen a la tumba.

Esta es la ventana de Jess. Durante más de veinte años no fue capaz de llegar ni siquiera a la puerta, y solo una vez durante el tiempo que la conocí entró en la habitación. Con su marido, Hendry, o su única hija, Leeby, para apoyarse, y su mano agarrando el bastón con firmeza, recorría dos veces al día, cuando se sentía fuerte, la distancia entre su cama y la ventana donde estaba su silla. Pero no se sentaba allí a contemplar los gorriones, o a Leeby ordenar la casa; es más, casi nunca la oí quejarse. Ella hacía toda la costura; a menudo cocinaba sobre una mesa que pegaba a la ventana, e inclinándose hacia adelante removía las

gachas. Leeby rara vez se paraba a descansar, pero no creo que ella hiciera más que Jess, a quien le gustaba decirme, cuando tenía un momento, que tenía muchísimo por lo que estar agradecida.

Para quienes viven en ciudades grandes Thrums solo es un lugar pequeño, pero qué estruendo de vida me tiene reservado cuando llego de mi escuela en el valle. Si el destino me hubiera llevado a una ciudad sin duda habría buscado zonas rurales donde pasar mis vacaciones de septiembre, pero la escuela es un lugar tranquilo incluso en verano cuando deportistas, y otra gente, pasan en carruaje por encima de mi sendero. Siempre me ponía de buen humor cuando el carro de Craigiebuckle cargaba conmigo hacia el bullicio de Thrums. Durante todas mis vacaciones solo me quedé una vez en la casa de la ladera, pero durante muchos años mantuve el contacto con sus habitantes, también con Jamie, el hijo, que era barbero en Londres. Nunca conocí la ascendencia de la familia. Con nosotros solo había algunas piezas de mobiliario —o quizá era una cajita de rapé— que tenían un árbol genealógico. En la casa de la ladera había un hervidor de gran tamaño, al que llamaban caldera, que decían que tenía cincuenta años en la época del abuelo de Hendry, de quien no se sabe nada más. La silla de Jess, que tenía brazos tallados y un asiento relleno con trapos raídos, había pertenecido al padre de Snecky Hobart antes que a ella; el viejo Snecky la había comprado en una subasta en los Conventillos. La posesión más rara de Jess era quizá el faldón de bautizo, que incluso gente de otros condados venía a pedirle prestado. Su madre llegó a contar hasta cien personas que habían sido bautizadas con él.

Cada una de esas cien personas, creo, ha muerto, y ya ni siquiera puedo reconocer la tumba de Jess y Hendry; pero recientemente he sabido que el faldón de bautizo se sigue utilizando. Es extraño que siga aquí después de tantos cambios como uno de los tres o cuatro que todavía pueden subir la ladera y señalar la ventana de Jess. La pequeña ventana domina la pendiente hasta el punto donde la ladera de repente desaparece en su descenso al pueblo. El sendero que sube al prado comunal conduce a este recodo de la ladera, por lo que, cualquiera que sea el camino que

el viajero elija, es aquí donde avista por primera vez la ventana. Desde aquí también, quienes van al pueblo desde el sur obtienen una primera vista de Thrums.

Cada pocos minutos los carros suben y bajan la ladera, y en ocasiones aparece un carruaje. Rara vez la ladera está desierta, ya que ahora muchos viven al otro lado de la cima, y los hombres y las mujeres pasan de camino al trabajo, y los niños de camino a la escuela o a jugar. No conozco a ninguno de los niños que hoy veo desde la ventana, solo reconozco a algunos hombres y mujeres por su parecido con sus padres. Esa anciana de gesto cándido y con un chal sobre los hombros podría ser una de las niñas que estaban jugando a la rayuela el día que Jamie irrumpió en Thrums por última vez; el hombre que está apoyado en la verja del prado comunal recuperando el aliento antes del último tramo de la ladera podría ser uno de los niños que, con los pies descalzos, persiguieron a Cree Query más allá del asilo para pobres. No puedo asegurarlo pero lo que sí sé es que los abuelos de la mayoría de estos niños y niñas fueron una vez jóvenes como yo. Si veo a los hijos y a las hijas de mis amigos ya mayores, también veo a sus nietos bailar la peonza y agacharse mientras juegan al *I-dree-I-dree-I-droppit-it*² como hacíamos nosotros hace ya mucho tiempo. El mundo permanece tan joven como siempre. Los amantes que se veían al atardecer en el prado comunal ya no están, pero hay otra pareja ocupando su lugar, y el prado comunal aún sigue ahí. El sol se había puesto en aquel maravilloso día de junio, a principios de siglo, cuando Hendry y Jess, recién casados, él con un magnífico chaleco de piel de topo y ella con un tocado de redecilla blanco, subían la ladera a pie hacia la casa que sería su hogar. Así me lo ha contado Jess. Hoy también ha sido uno de esos días, y en algún lugar de Thrums puede haber una pareja como ellos, emprendiendo el camino a casa en un carro tirado por un caballo de orejas blancas, en lugar de ir a pie, pero con los mismos miedos e ilusiones, y con el mismo brillo de amor en los ojos. El mundo no envejece. La carroza fúnebre

² Variedad escocesa del juego infantil del pañuelo (N. del T.)

pasa por la ladera y sube el camino recto hasta el cementerio, pero todavía hay quien pide el faldón de bautizo.

La ventana de Jess era un faro en la noche para las personas que viajaban en la oscuridad, y así será en el futuro cuando no haya nadie que la recuerde. Sigue habiendo muchas ventanas como esa, con rostros amorosos tras ellas. Desde ellas esperamos el regreso de familiares y amigos, pero algunos, por desgracia, esperan en vano. No todos los que regresan toman el recodo de la ladera con determinación, o agitan el pañuelo a quienes miran por la ventana con los ojos húmedos; algunos incluso regresan demasiado tarde. Para Jess, en su ventana siempre que no estaba en la cama, las cosas felices, tristes y terribles, aparecían a simple vista. Estuvo sentada en esta ventana durante veinte años o más observando el mundo como a través de un telescopio; y aquí se vivió un drama cuando su alma dulce y limpia le fue devuelta a Dios.